

CONTESTACIÓN
de
DON AMBROSIO PERERA

Honorables académicos:

Distinguidos señores y señoras:

La Academia Nacional de la Historia nos ha designado para dar la bien-venida al señor don Eduardo Röhl, y con singular placer venimos hoy a cumplir con tan alto y honroso encargo.

Los méritos del nuevo colega son demasiado conocidos y su nombre vibra con amplitud en el campo intelectual de América, para que pretendamos alcanzar disculpa de nuestros distinguidos oyentes, si alargamos estas palabras con una revisión minuciosa de su obra.

Ha sido tan intenso y útil el esfuerzo realizado en el orden científico y literario por el señor Röhl, que la Universidad de Puerto Rico, primero, y la de Caracas después, le han otorgado, en actos de justicia, el título de Doctor Honoris Causa. Alto significado moral representan estos honores, si pensamos que no es el señor Röhl comensal afortunado en el refectorio de la vanagloria sino huésped distinguido de la casa espiritual de la modestia.

El doctor Röhl ha enriquecido la bibliografía venezolanista con notables biografías, con estudios histórico-científicos y con otras numerosas obras que se caracterizan por su originalidad y por la feliz elección y valoración de sus fuentes. Ellas son de obligada consulta y exponente magnífico de nuestra cultura, y se han encargado de presentar, con legítimo prestigio, el nombre de su autor en los centros intelectuales de América.

Junto a su erudición se destaca en el nuevo académico su fina condición de caballero de tan exquisita prestancia que lo hace ser un fácil conquistador de la amistad y el aprecio.

Entrega hoy el doctor Röhl a la Academia Nacional de la Historia, como trabajo de incorporación, un estudio erudito y extenso sobre la vida y obra iniciales de nuestros pueblos y sobre otras materias de gran interés geográfico e histórico, y es en orden a lo primero que queremos en esta oportunidad hacer algunos ligeros comentarios, que esperamos sean acogidos con benevolencia, pero al mismo tiempo con imparcialidad, por las personas que hoy realzan con su presencia este acto académico.

Conocer la fisonomía primitiva y total de Venezuela es obra que reclama el entusiasmo y la colaboración de los intelectuales nacionales. Es menester despojarse de todo sentimiento parcial para poder palpar en el pulso de la realidad y en la carne viva de los fundadores, la aún incomprendida misión sublime de España en el Nuevo Continente. Es preciso enfocar la justicia sobre el escenario de los virreinos para que la verdad pueda irradiar con su brillo de sol sobre la celeste esfera de nuestra historia. Es necesario que la España que forjó los nuevos ciudadanos de América en el vientre fecundo de su raza ibérica, no sea vista con mirada de prósbita, sino con pupilas abiertas que tiren con pureza, sobre el espejo maravilloso de la retina, la imagen luminosa.

Caminando el historiador, al principio de pueblo en pueblo por el extenso territorio de la vieja provincia venezolana y más tarde echándose a andar por la tierra sin límites de la Capitanía General, encuentra en cada primitivo ayuntamiento, resucitadas y con nuevo vigor, la dignidad y valentía de los antiguos concejos castellanos, halla en cada pueblo la

civilización tomando alas desde el campanario de la Iglesia y desde el alero en palma de la modesta casa del corregidor, y en los campos y en los montes oye el saludo de Dios en la paterna bendición del misionero y el saludo de España en el grito de la tierra nueva abierta en surcos de promisión por el viejo labriego de la Iberia.

Igualmente siente el viajero, que sobre el lomo incansable de la historia llega hasta la cuna de los pueblos de América, confundirse el tiempo y el espacio para dar testimonio verídico y claro de cuál fue el sentido de la obra colonizadora de España: sentido misional, católico y romántico, que llevó la fe cristiana y el idioma castellano a la mente virginal del aborigen; sentido parroquial que hizo congregar la indianada alrededor de un altar y de un doctrinero, para colgar, de la copa frondosa de un árbol episcopal, la disciplina social y religiosa de la aldea; sentido caballeresco que impuso las cualidades del hidalgo y del guerrero al fruto nuevo de un injerto humano; sentido municipal y sentido judicial que forjaron, para la vida civil y autonómica, los ciudadanos y los héroes, y sentido nacional que mantuvo unidos con lazos de sangre, de amistad y de gobierno, y con espíritu francamente federalista, los distritos capitulares, para que sirviesen, al despuntar el alba emancipadora, de armónico esqueleto para el cuerpo inmenso de la Patria.

Es verdad que la sangre y el llanto, la crueldad y la soberbia corrieron por las grietas de la civilización americana y que el alma del conquistador, por esencia lujuriosa y avara, tuvo muchas veces, por desgracia, presentes sus vicios en el hombre español de la conquista, y no seremos nosotros los que queramos colocar nuestro pasado colonial, bajo cristal sólo permeable a la grata visión de la virtud y del heroísmo.

Pero también creemos que merece consideración lo que afirmó en una de sus obras el ilustre académico y notable pensador Don Rufino Blanco Fombona, cuando, después de haber querido describir con alto estilo la crueldad del conquistador español, termina diciendo que no debe pensarse que esta crueldad sea propia y exclusiva del alma española, sino triste patrimonio de la humanidad. Nosotros no creemos, en oposición parcial con el gran escritor venezolano, que la crueldad es algo esencial al espíritu del hombre; pero sí pensamos que el conquistador, de cualquiera latitud y época, deja difícilmente de sentir en sus pasiones normales, la influencia perturbadora del triunfo obtenido sobre aquellos que, al realizarse el milagro de la integral asimilación somática serán, por el proceso natural de superación, los vencedores definitivos en el campo social de la aventura.

Sin embargo, si se hace un análisis imparcial de los episodios de las conquistas realizadas por diferentes pueblos y en épocas diversas, nos sorprende la hazaña española en América, como aquella en que las influencias negativas se hicieron sentir menos sobre los hombres que, con inconcebible atrevimiento, la lograron. Los conquistadores españoles, sin dejar de arrojarse hasta cierto punto con los colores que denuncian a los hombres de las empresas conquistadoras, pueden considerarse como los que mejor grabaron en sus acciones el heroísmo y la abnegación, la caballerosidad y la hidalguía, la moral evangélica y el respeto a los derechos humanos.

La obra realizada por los conquistadores de este siglo, aquellos que por la avaricia del mando y la vesania de un adulterado nacionalismo, arrastraron la humanidad a un insondable pozo de sangre, y aquellos que clavan su doctrina de esclavos sobre el sepulcro de legítimas soberanías nacionales y de la libertad humana, confirma con elocuencia nuestras palabras. Por eso en el cuadro de la historia futura, la conquistada Abisinia y las doblemente explotadas Polonia y Yugo eslavía, se verán como enormes cúmulos o como entrecruzadas sombras sepulcrales, y, en cambio, la conquista de América Hispana aparecerá como crepuscular y radiante montaña de estratos con opacas y dispersas aristas

de nimbos, como diamante que apenas recuerda el carbón de su cuna, como anillo de luz con ligeros escotomas cenicientos o como eclipse parcial de un plenilunio.

No hay que olvidar, por otra parte, que al lado de aquellos encomenderos infieles y de los cazadores de indios, que aparecen ante la historia como los fiscales de la causa de España en América, se encuentran, como abogados defensores de la misma, los justicias que correspondieron con equidad a los nobles dictados de sus conciencias y los jueces pobladores que supieron llevar puro el corazón, los centenares de misioneros que llenaron con sus sacrificios, sus plegarias y doctrina las arcas morales del banco celestial del evangelio, y los obispos y curas doctrineros que edificaron en innumerables y escondidos rincones, nuevos pesebres para el nacimiento cotidiano de Jesucristo en la blanca carne de la Hostia y que definieron la Patria en su expresión indiana, al establecer en los pueblos de reducción la sociedad aborígen, cimentada en la unidad cristiana y social de la familia. Tampoco resulta lucido emitir opiniones sobre los pasos dados por España en el Nuevo Continente, sin pararse a meditar en la influencia positiva de los teólogos y filósofos de la conquista sobre los hechos que determinaron el sentido de su historia. Recordemos, por ejemplo, que la palabra violenta, pero necesaria y justa del dominico español Fray Antonio Montesinos, que la igualmente atrevida y humana de Fray Pedro de Córdova, hijo también de la ilustre y venerable orden de los Predicadores, que la del apóstol y fraile Bartolomé de las Casas, de infinita caridad incontenible en el área de la verdad y la justicia, que la revolucionaria y heroica de Francisco Roldan, llamado el primer demócrata de América, y que la ejemplar y valiente del Obispo Ángulo, castigadora del pecado contra el indio en Venezuela, todas, todas, tuvieron eco sublime en el pensamiento legislador de los Monarcas y en la visión conjunta de la obra española que culminó, después de grandiosas realizaciones constructivas, en la creación de un ambiente cultural propicio para el nacimiento espontáneo y feliz de la idea emancipadora.

Señores: El Doctor Eduardo Röhl, con su obra que presenta a la Academia Nacional de la Historia y con su discurso de incorporación ha hecho vibrar nuestra palabra al compás de los viejos sentimientos de veneración y amor que profesamos a la Madre Patria y de la profunda admiración por su obra civilizadora en América. Mas ahora nos toca esperar que la voluntad y talento del nuevo académico continúen, en el seno de nuestra Corporación, realizando útiles estudios para aumento honroso de la bibliografía venezolanista y prestigio de las letras nacionales.

Doctor Röhl: Venid a ocupar el sillón dejado vacante por la sentida muerte del gran académico Don Manuel Segundo Sánchez. El nombre del señor Sánchez, de continental y riquísimo significado, constituye para la Academia inapreciable tesoro espiritual. Por eso su recuerdo no morirá entre nosotros y por eso igualmente todos nos sentimos satisfechos en este día de vuestra recepción, porque tenemos fe en que el sillón del viejo y honorable académico desaparecido, continuará honrado con la posesión que de él tomaréis, desde este momento solemne, como Individuo de Número de la Academia Nacional de la Historia, en nombre de la cual os presento con afecto el saludo sincero de la fraternidad.

Señores.